

»El mismo que preparó desde la eternidad todas las cosas del modo mas conveniente á sus altos fines, acaba de descubrirnos en aquellas riberas salvages uno de aquellos designios que se ocultan en su principio á la sagacidad de los hombres, y cuya profundidad no se alcanza hasta el instante mismo en que se cumplen. Cuando el P. Lombart ponía los cimientos de su mision cristiana, hace mas de un siglo, estaba muy ageno de creer que no hacia mas que disponer á unos salvages para que acogiesen un dia á los mártires de la fé, y que preparaba los desiertos de una Tebaída para la religion perseguida.... ¡Oh, que campo de reflexiones se presenta! ¡Billaud-Varennes y Pichegrú, el tirano y la víctima en una misma casa en Sinamrry, ambos en estremada miseria, sin que esto bastase para reconciliar sus corazones: ódios eternos viviendo entre los compañeros de unas mismas cadenas, y los gritos de algunos desdichados dispuestos á despedazarse, confundiéndose con los rugidos del tigre en las selvas del Nuevo Mundo!

»Pero ved, en medio de este choque de las pasiones, ved como reinan la calma y la serenidad evangélicas: los confesores de Jesucristo se vieron arrojados entre los neófitos de la Guayana, y allí encontraron entre los bárbaros cristianos la piedad que los franceses les negaban; unas pobres religiosas hospitalarias que parecían haber sido desterradas á un clima destructor, unicamente lo estaban para esperar en él á un Collot de Herbois, para asistirle en su lecho de muerte y prodigarle los cuidados de la caridad cristiana; y estas santas mugeres confundiendo al inocente con el criminal en su amor hácia la humanidad doliente, derramaban llanto por todos, rogando á Dios que socorriese á los mártires de su culto. ¡Leccion sublime, interesante cuadro! ¡que pobres son los hombres y cuan bella y admirable la religion!...

»El establecimiento de nuestras colonias en las Antillas ó Ante-islas, así llamadas porque son las primeras que se encuentran á la entrada del golfo megicano, tuvo principio en el año 1627, época en que Mr. de Enambuc, construyó un fuerte y dejó algunas familias en la isla de San Cristóbal.

»Acostumbrábase entónces enviar misioneros para curas de los establecimientos lejanos, á fin de que la religion participase en cierto modo de aquel espíritu de intrepidez y de aventura carac-

terísticas de los que iban á buscar fortuna al Nuevo-Mundo. Los PP. Predicadores de la congregacion de san Luis, los Carmelitas, Capuchinos y Jesuitas, se dedicaron á la instruccion de los caribes y de los negros, y á los trabajos que requerian nuestras colonias nacies de San Cristobal, de la Guadalupe, de la Martinica y de santo Domingo.

«No se conoce hoy dia nada mas satisfactorio y completo relativo á las Antillas que la historia del P. Dutertre, misionero de la congregacion de San Luis.

«Los caribes, dice, son muy pensativos: presentan en su rostro una fisonomía triste y melancólica: pasan la mayor parte del dia sentados en un picacho á orillas del mar, fijando la vista en tierra ó en las aguas sin hablar ni siquiera una palabra. Son de un natural benigno, dulce, afable y compasivo, llegando muchas veces hasta derramar lágrimas por los males de los franceses, y siendo crueles unicamente con sus enemigos declarados.

«Las madres aman con tal ternura á sus hijos que siempre están en sobresalto, para evitar cuanto pueda serles funesto: casi siempre los llevan aplicados al pecho, aun por la noche, siendo de admirar que acostándose en camas suspendidas, que son muy incómodas, jamás ahogan ó sofocan á ninguno de ellos.

«Siempre que van de viage, por mar ó por tierra, los llevan debajo del brazo, en una camilla de algodón, sujeta con una faja terciada, y atada por encima del hombro, á fin de tener siempre delante de los ojos el objeto de sus desvelos.»

»Le parece á uno leer en esto un fragmento de Plutarco traducido por Amyot.

»El P. Dutertre que era naturalmente inclinado á ver los objetos bajo un aspecto sencillo y tierno, no puede dejar de ser muy interesante cuando habla de los negros. A pesar de esto no los representa á la manera de los filántropos como los hombres mas virtuosos, pero se encuentra una sensibilidad, una hombría de bien, y un juicio admirables, en la pintura que hace de sus sentimientos.

»Se ha visto en la Guadalupe, dice, una jóven negra tan persuadida de la miseria de su condicion, que jamás pudo hacerla consentir su amo en que se casara con un negro que él la proponia.

Esperó á que el sacerdote la preguntase (*en el altar*) si queria á N. por marido suyo, y entonces respondió con una entereza que dejó á todos admirados: No, padre mio; no quiero ni á este ni á otro alguno: me contento con ser yo sola infeliz, sin dar hijos al mundo que serian quizás mas desdichados que yo, y cuyas penas me serian mucho mas sensibles que las mias propias.» Firme siempre en su propósito permaneció soltera, y la llamaban comunemente la *Doncella de las Islas*.

»El buen padre continua pintando las costumbres de los negros, el sencillo ajuar de su casa, y hace admirar y amar su ternura con los hijos: espresa oportunamente en su relacion alguna sentencia de Séneca, que habla de la sencillez de las cabañas en que habitaban los pueblos de la edad de oro, y cita á Platon ó á Homero cuando dice que los dioses quitan al esclavo la mitad de su virtud: *Dimidium mentis Jupiter illis aufert*; compara al caraibe salvaje en la libertad, con el negro salvaje en la esclavitud, y demuestra lo mucho que al último ayuda el Cristianismo á sobrellevar sus males.

»Ha sido moda del siglo acusar á los sacerdotes de que fomentaban la esclavitud y favorecian la opresion entre los hombres, pero es indudable que nadie ha clamado tan fuertemente como los eclesiásticos en favor de los esclavos, de los niños y de los pobres, sosteniendo constantemente que la libertad es un derecho imprescriptible del cristiano. Convencidos de esta verdad los colonos protestantes, para conciliar su codicia con la conciencia, no bautizaban á los negros hasta que se hallaban en el artículo de la muerte: y aun muchas veces los dejaban morir en la idolatría, temerosos de que salieran de su enfermedad, y que luego reclamasen su libertad como *cristianos*: aquí se muestra la religion tan bella como horrible parece la idolatría.

»El tono sensible y religioso con que los misioneros hablaban de los negros de nuestras colonias, era el único que estaba acorde con la razon y la humanidad; hacía á los amos mas piadosos, y mas virtuosos á los esclavos; favorecia á la causa del género humano, sin perjudicar á la patria y sin trastornar el orden ni el derecho de propiedad. Hoy dia todo se ha perdido con pomposas palabras, y se ha estinguido hasta la piedad. Porque ¿quien seria

el que se atreviese á defender la causa de los negros, en vista de los crímenes que han cometido? ¡Tanto ha sido el mal que hemos hecho, habiendo perdido las mas bellas causas y las cosas mas bellas!

»No me detendré en las misiones de la California, porque no presentan ningun carácter particular, ni en las de la Luisiana que se confunden con aquellas terribles misiones del Canadá donde se ha manifestado con toda su gloria la intrepidez de los apóstoles de Jesucristo.

»Cuando los franceses subieron por el rio de San Lorenzo, capitaneados por Champelain, encontraron las selvas del Canadá habitadas por salvages muy diferentes de aquellos que hasta entonces se habian descubierto en el Nuevo Mundo. Eran unos hombres fornidos, valientes, orgullosos de su independenciam, capaces de raciocinio y de cálculo; que no les causaba asombro ni las costumbres de los europeos ni sus armas, y que léjos de serles objeto de admiracion, como lo eran para los inocentes caraibes, miraban con disgusto y con desprecio nuestros usos.

»Estaba dividido el imperio del desierto entre tres naciones: la algonquina que era la mas antigua y la primera de todas, pero que habiendo escitado contra sí el encono á causa de su poderío, estaba próxima á ceder á la fuerza de las armas de las otras dos; la hurona, que fué nuestra aliada, y la iroquesa enemiga nuestra.

»Estos pueblos en vez de ser vagamundos, tenian establecimientos fijos y gobiernos regularmente organizados. Nosotros mismos hemos tenido ocasion de observar entre los indios del Nuevo Mundo todas las formas de constituciones de los pueblos civilizados: de modo que los Natches ofrecian la idea del despotismo en el estado de la naturaleza; los Créeckz de la Florida la monarquía, y los iroqueses en el Canadá el gobierno republicano.

»Estos últimos y los hurones representaban todavía á los espartanos y los atenienses en la condicion salvaje: los hurones eran ingeniosos, alegres, listos, inconstantes y disimulados al mismo tiempo; galanes, elocuentes, y gobernados por mugeres; abusaban de la fortuna, sobrellevaban mal sus reveses, y tenian mas honor que amor á la pátria. Los iroqueses separados en cantones dirigidos por viejos, ambiciosos, políticos, taciturnos y seve-

ros, devorados del deseo de dominar, capaces de los mayores vicios y de las mas grandes virtudes, y sacrificándolo todo por la patria, eran los hombres mas intrépidos y feroces.

»Tan pronto como los franceses y los ingleses se aparecieron en aquellas costas, los hurones por un instinto natural se unieron á los primeros, y los iroqueses se declararon por los segundos, aunque sin quererlos; de suerte que haciéndolo unicamente con el fin de proporcionarse armas, abandonaban á sus nuevos aliados cuando estos se hacian muy poderosos, y se unian á ellos de nuevo cuando los franceses conseguian la victoria. Así se vió á una corta porcion de salvages saberse manejar entre dos grandes naciones civilizadas, tratar de que mutuamente se destruyesen, tocar muchas veces el momento de ver cumplido este designio, y ser á la vez los dueños y los libertadores de aquella parte del Nuevo Mundo.

»Tales fueron los pueblos que nuestros misioneros se propusieron reconciliar con la religion. Si la Francia vió estenderse su imperio en América al otro lado de las márgenes del Maschacebé, si conservó por mucho tiempo el Canadá contra los iroqueses y los ingleses unidos, casi todos estos felices resultados los debió á los jesuitas. Ellos fueron los que salvaron la colonia en sus principios, colocando por baluarte delante de ella un pueblo de hurones y de iroqueses cristianos, evitando coaliciones generales de indios, negociando tratados de paz, y yendo solos á esponerse al furor de los iroqueses para trastornar los proyectos de los ingleses. Los gobernadores de la Nueva Inglaterra, en su correspondencia de oficio, no cesan de pintar á nuestros misioneros como sus mas peligrosos enemigos. «Desconciertan, dicen, los proyectos de la potencia británica, descubren sus secretos, y la arrebatan el corazon y las armas de los salvages.»

»La mala administracion pública del Canadá, los malos procedimientos de los comandantes, una política rígida y opresiva, ponian muchas veces mas trabas á las buenas intenciones de los jesuitas que la oposicion del enemigo. Si presentaban unos planes los mas bien combinados para la prosperidad de la colonia, se elogiaba su zelo y por otra parte se seguian otros dictámenes y consejos. Pero en el mismo instante en que los negocios tomaban

un aspecto sério, se recurría á los mismos hombres á quienes se habia desairado tan desdeñosamente, y no se tenia reparo en emplearlos en las negociaciones peligrosas, sin que mediase la consideracion del peligro á que les esponian; la historia de la Nueva Francia presenta un ejemplo digno de referirse acerca de esto.

»Habíase encendido una guerra entre franceses é iroqueses, y estos, que por su fuerza numérica habian conseguido algunas ventajas, avanzaron hasta llegar á los muros de Quebec degollando y devorando á los habitantes del campo. A la sazón se hallaba de misionero entre los iroqueses el P. Lamberville, y aunque espuesto siempre á ser quemado vivo por los vencedores, no habia querido retirarse, esperanzado de reducirlos á un arreglo pacífico, y salvar así las reliquias de la Colonia: amábanle los ancianos, y estos le habian protegido salvándole del furor de los guerreros.

»Esto pasaba cuando aquel religioso recibe una carta del gobernador del Canadá, suplicándole que reduzca á los salvages á enviar embajadores al fuerte Catarocouy para tratar de la paz. El misionero marcha corriendo á verse con los ancianos, y tanto les ruega é importuna, que al cabo les decide á aceptar la tregua, y enviar de diputados sus principales caudillos. Llegan estos al lugar de la cita, y los prenden, los encadenan, y son enviados á Francia á las galeras.

»Ignoraba el P. Lamberville el designio secreto del comandante, y habia obrado por lo mismo de tan buena fé que se quedó en medio de los salvages. Cuando supo lo ocurrido con los diputados se creyó perdido. Los ancianos enviaron á llamarle; los encontró reunidos en consejo, con rostro severo y aspecto amenazador, y uno de ellos le refirió con indignacion la alevosía del gobernador francés, añadiendo:

«Nadie dejará de convenir en que por mil razones estamos autorizados para tratarte como enemigo; pero no acertamos á determinaros á tal cosa. Te conocemos tanto que estamos persuadidos de que tu corazon no es cómplice en la alevosía que se ha cometido con nosotros, y no somos tan injustos que te castigemos de un crimen del cual te juzgamos inocente, y que tú detestas sin duda tanto como nosotros.... Sin embargo, no es prudente que permanezcas aquí, porque no todos te harian igual justicia; y cuando

nuestra juventud se hubiese lanzado á la guerra, ya no veria en tí mas que un pérfido que ha entregado á nuestros gefes á la mas dura y cruel esclavitud: unicamente escucharia su furor, del cual no nos fuera ya posible salvarte.»

«Pronunciado este discurso obligaron al misionero á que partiese, y le dieron guias para conducirlo por sendas apartadas hasta haber pasado las fronteras. Luis XIV, mandó soltar á los indios inmediatamente que supo el modo con que habian sido presos: el gefe que habia arengado al P. Lamberville se convirtió poco despues y se retiró á Quebec, siendo su conducta en aquella ocasion el primer fruto de las virtudes del Cristianismo, que comenzaba á germinar en su corazon.

»Mas ¿que podré decir tambien de aquellos hombres tales como los Breboeufs, Lallemands, los Jogues, que templaron con su sangre los helados surcos de la Nueva Francia? Yo mismo he encontrado uno de estos apóstoles en medio de las soledades americanas. Una mañana que yo caminaba lentamente por los bosques, advertí que venia hácia mí un anciano venerable, con la barba cana, y vestido de una larga túnica, leyendo atentamente en un libro, y andando apoyado en un báculo: iluminábale el reflejo de la aurora que daba en él por entre el ramage de los árboles. Cualquiera creeria ver en aquel anciano á Termosiris saliendo del bosque sagrado de las Musas, en los desiertos del alto Egipto. Era un misionero de Luisiana, que volvia de Nueva Orleans, y regresaba al pais de los illineses donde estaba encargado de dirigir un corto número de franceses y de salvages cristianos. Acompañóme durante muchos dias, y por diligente que yo fuese en madrugar encontraba siempre al anciano viajero levantado antes que yo, leyendo en su breviario y paseándose en el bosque. Este santo varon habia padecido mucho, referia con mucha discrecion sus penalidades, sin acrimonia, y particularmente sin placer, pero con serenidad: aseguro que no he visto una sonrisa mas apacible que la suya. Citaba agradablemente y con frecuencia algunos versos de Virgilio y aun de Homero, aplicándolos á las bellas escenas que pasaban á su vista ó á las ideas ó pensamientos que nos ocupaban. Me pareció que tenia conocimientos en todas materias, sin que apenas se trasluciesen bajo su sencillez evangélica; pues siendo semejante

á sus predecesores los apóstoles, sabiéndolo todo aparentaba que en todo era ignorante. Cierta dia tuvimos una larga conversacion relativa á la revolucion francesa, y experimentamos algun placer hablando de las turbaciones de los hombres en unos parages los mas tranquilos. Estábamos sentados en un valle á la orilla de un rio, cuyo nombre ignorábamos, y que hacia muchos siglos que regaba con sus aguas aquella ribera desconocida. Hice esta reflexion al anciano que se enterneció al oirla, y acudieron las lágrimas á sus ojos con aquella imágen de una vida sacrificada en los desiertos, haciendo muchos y muy ocultos beneficios.

»El P. Charleroix nos pinta del modo siguiente á uno de los misioneros del Canadá:

»Estaba el P. Daniel tan cerca de Quebec, que no quiso dejar de dar por allí una vuelta antes de emprender otra vez el camino de su mision..... Arribó al puerto en una canoa, remando con tres ó cuatro salvages que le acompañaban; iba descalzo, exhausto de fuerzas, con una camisa ya podrida y una sotana hecha girones, viéndosele su cuerpo estenuado, pero con rostro alegre y contento de pasar aquella vida, é inspirando con sus ademanes y discursos el deseo de ir á participar con él de las cruces en que el Señor ponía tanta unción.»

»Ved aquí aquellas lágrimas y aquellos regocijos tales como Jesucristo los ha prometido realmente á sus escogidos.

»Oigamos tambien la historia de la Nueva Francia.

»No habia cosa mas apostólica que la vida que pasaban los misioneros entre los hurones. A cada momento se veia en ellos una accion heróica, bien mediante las conversiones, ó bien por unos sufrimientos que miraban como verdaderas recompensas, cuando sus trabajos no habian producido todo el fruto que ellos se prometian. Desde las cuatro de la mañana, hora en que se levantaban cuando estaban de asiento, permanecian casi siempre encerrados hasta las ocho, siendo aquel tiempo destinado á sus oraciones, y el único que tenian libre para sus ejercicios devotos. A las ocho acudia cada uno adonde tenia obligacion, ocupándose los unos en visitar los enfermos, acompañando los otros á los trabajadores del campo, y otros iban á las poblaciones vecinas que no tenian sacerdotes. Estas correrías tenian muy buenos resulta-